



El Ratero y el Nini ante el desafío de cazar ratas para alimentarse: la lucha por la supervivencia en el campo español de postguerra

The *Ratero* and the *Nini* facing the challenge of hunting rats to be nourished: the survival fight in the after war Spanish rural countryside

Gracineia dos Santos Araújo¹

RESUMEN: El presente trabajo pretende focalizar la decadencia del campo español de postguerra en la novela *Las ratas* (1962), reflejada en las circunstancias de miseria y hambre de los protagonistas. Será elaborado el perfil de los individuos más perdedores de la geografía rural castellana, a partir de personajes el Ratero y el Nini y las estrategias utilizadas para sobrevivir, cazando ratas para alimentarse. Además, subrayamos la animalización del hombre rural, como resultado de la marginación y el abandono del campo.

Palabras-clave: *Miguel Delibes; el Ratero; el Nini; literatura y realidad*

ABSTRACT: The present work aims to focalize in the after war Spanish countryside decline in the novel *Las ratas* (1962), reflected in the circumstances of the misery and hungry of the protagonists. It will be developed the more losing profile individuals in the Castilian rural geography, starting from characters such the Rat hunter and the Nini and the strategies used for survival, hunting rats to be nourished. In addition, we underline the animalization of the rural human, as a result of the marginalization and rural countryside abandon.

Key-words: *Miguel Delibe; the Ratero, the Nini; literature and reality.*

La guerra civil (1936-1939) originó un cambio profundo en todos los órdenes de la sociedad española y, al finalizar, ocasionó cambios sumamente significativos en todos los ámbitos de la sociedad. En medio de esas circunstancias, muchos escritores de la postguerra hacen una revisión de la literatura y cultura españolas, tomando el arte como instrumento para reflejar la realidad.

De acuerdo con Sobejano (2005, p.15): “Antes de 1936 los novelistas de España, con raras excepciones, cultivaban un tipo de novela que aspiraba a una autonomía artística absoluta”. En ese sentido, la literatura no poseía vínculo con la realidad social e histórica del país, estando arraigada en la esencia humana universal. De ahí que 1939

¹ Doctora en *Español: Lingüística, Literatura y Comunicación* (Universidad de Valladolid - España); Máster en Filología Hispánica por el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC/Madrid-España (2008), Diploma de Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana-Universidad de Salamanca-España (2010). Graduada en Letras con español, especialidad en lengua y literatura de lengua española y portuguesa (Universidad Estadual de Feira de Santana - 2004). E-mail: gracineia@hotmail.com.

sea una fecha muy significativa para la literatura española, una vez que marca la apertura de un nuevo período para la creación literaria, cuyo carácter social es sobresaliente.

La literatura de Miguel Delibes no considera la problemática social como un simple “dilema” histórico, sino como un problema, también, de carácter estético-social y humano-cultural, de manera que parte de lo local y alcanza dimensiones universales. Desde la publicación de su primera novela, señala Sobjeano (2005, p.109): “Delibes ha ido acercándose cada vez con más responsable conciencia a los problemas inmediatos de su sociedad y de su tiempo”. En ese sentido, opta por “salir a cuerpo abierto”, en defensa casi elegíaca de campesino y del campo castellanos.

Para Delibes, el espacio rural lo es todo. De ahí que Castilla, especialmente la Castilla rural, constituya su principal referente. Según Ricardo Senabre, en el prólogo del libro *Castilla en Miguel Delibes*, de la escritora Pilar de la Puente Samaniego (1986, p. 7), “Castilla está presente en Delibes incluso cuando está ausente: al viajar por Europa o América”, ya que considera que la mirada delibeana es siempre profundamente castellana.

El autor encuentra en el universo campesino castellano los principales elementos de producción literaria. Sin embargo, bajo la óptica del quehacer literario, el escritor vallisoletano se empeña en dar a conocer una realidad en trance de desaparición, lanzando el S.O.S de su mensaje humanista (PILAR PALOMO, 2001):

Un día, caminando por tierras segovianas, sorprendí a un hombre que cazaba ratas en un arroyo para vendérselas a sus convecinos para su sustento. Este hombre me pareció un símbolo de la Castilla de entonces y lo erigí en el protagonista de mi novela —que escribí para resarcirme de la campaña de prensa que no pude hacer— colocando a su lado a un niño sabio y generoso, el Nini, que bien pudiera representar el espíritu de Castilla, rico y esperanzado, en dramático contraste con su miseria material (DELIBES *in* VILANOVA, 1993, p. 36).

En ese sentido, subraya Alfonso Guerra (2003) en su trabajo “Literatura y compromiso social” que:

La literatura es siempre, incluso en los casos en que se encarna en una obra genial, el espejo y la interpretación del estado de la

sociedad en un momento determinado de su evolución histórica; este estado se basa siempre en una tensión entre el ideal y la realidad y la literatura sólo logra ser arte reproduciendo este estado de la sociedad más o menos lleno de contradicciones internas; por otra parte no se trata simplemente de reproducir, sino de metamorfosear, de dar forma, dotando la obra de arte de ese significado y esa coherencia que la definen (GUERRA, 2003, p.16).

Las ratas, como es sabido, nació como respuesta a la determinación del gobierno de silenciar e interrumpir la campaña desarrollada por Miguel Delibes en *El Norte de Castilla* y asumió el carácter de denuncia, resultando mucho más incisiva que la propia campaña, conforme destaca Pilar Palomo (2002). Siendo director del referido periódico, el escritor de Castilla se pone a favor de la reestructuración de las políticas sociales y los sistemas de protección de las comunidades agrícolas de la geografía castellana.

Desde las primeras secuencias discursivas de la novela *Las ratas*, el autor se refiere a la marginación del campesino y del campo castellanos. Se trata de una realidad ignorada, un mundo ajeno a la “civilización”: “Como una excrecencia de la propia tierra, y de no ser por los huecos de luz y las sombras que tendía el sol naciente, casi las únicas en la desolada perspectiva, hubiera pasado inadvertido” (LAS RATAS, p.14). Este fragmento demuestra la clara preocupación existente en la escritura del escritor de Castilla y su anhelo de dar a conocer una realidad llena de sombras.

A partir de las vicisitudes de los personajes de la novela, Miguel Delibes destaca el abandono del campo castellano, en unas circunstancias de indiferencia, abandono y miseria. Ya en el inicio de la obra, el autor demuestra que la lucha por la supervivencia empieza pronto en el marco rural y exige que los personajes estén en constante movimiento para poder alimentarse y mantenerse vivo:

Cuando el Nini cumplió cuatro años, el abuelo Román le dijo:

- Mañana te vienes conmigo al campo.

Y salieron, bajo un sol de membrillo, y ya en los barbechos el abuelo Román se trocó en una especie de animal acechante. Andaba doblado en ángulo recto, aspirando sonoramente el viento por las narices, con una cachaba en cada mano, y hasta sus barbas parecían dotadas de una sensibilidad táctil. De cuando en cuando se detenía y observaba furtivamente en su derredor, sin mover apenas

la cabeza. Sus ojos, en esos casos, parecían cobrar vida independiente. En ocasiones, el abuelo Román ladeaba la cabeza para escuchar o se echaba al suelo y examinaba atentamente las piedras, los terrones y las pajas de los rastros (LAS RATAS, p.31).

Las imágenes del fragmento son sensoriales, metafóricas... (*sol de membrillo*), y responden a la descripción minuciosa de unos personajes que se mueven y actúan con una habilidad casi instintiva, como animales que escuchan, observan, olisquean...(*se detenía y observaba furtivamente en su derredor, sin mover apenas la cabeza o ladeaba la cabeza para escuchar o se echaba al suelo... ..*). Existe, además, la complicidad entre abuelo y nieto, y el niño le obedece y sigue las enseñanzas..., en un proceso de constante aprendizaje. El verbo “andar”, en el pretérito perfecto “andaba”, indica la acción continuada de lucha por la supervivencia, difícil y necesaria en el cotidiano rural de la Castilla de postguerra.

Además de las adversidades del tiempo, Miguel Delibes demuestra ser consciente que la problemática existente en el mundo rural va mucho más allá de los castigos de una naturaleza impiadosa. El autor subraya la vulnerabilidad social a la que están expuesto los menos favorecidos del campo, cuya falta de dignidad, por si sola, se convierte en algo quizás mucho más dañino que los fenómenos naturales, que se manifiestan como “furia del cielo” (LAS RATAS, p.178).

Personajes como el Ratero y el Nini traen en el cuerpo y el alma las huellas de un *sinvivir* o un vivir al margen de los códigos instituidos socialmente o las condiciones básicas de supervivencia y ciudadanía. La lucha por la supervivencia empieza muy temprano, “poco después del amanecer” (*Las ratas*, p. 9), y a edad también temprana, cuando cumple “cuatro años” (LAS RATAS, p. 31).

El domingo iremos a cazar ratas - dijo (el Nini). La perra agitó nerviosamente el rabo cercenado y fijó en el niño sus vivaces pupilas amarillentas. Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llevaban a adultos conservando los ojos; solían dejarlos entre la maleza del arrollo, acribillados por los abrojos, los zaragüelles y la corregüela (LAS RATAS, pp.9-10).

La descripción física de la perra Fa da énfasis a las secuelas de la lucha por la supervivencia, en un cotidiano enfrentado por las adversidades del tiempo y el espacio. El

animal presenta un cuerpo deforme (*hinchado y sin pelo*); y difícilmente podría llegaría a la fase adulta, algo en lo que coincide con muchos de los humanos que pueblan de la geografía campesina, como el Idelfonso: “- ¿El Idelfonso? - Ya estaba viejo. Cincuenta y siete años” (LAS RATAS, p.25).

El Idelfonso, como muchos habitantes del mundo rural castellano de postguerra, vive bajo circunstancias de pobreza, de miseria y desigualdad social que reduce la expectativa de vida, llevándolos al fallecimiento precoz. Esas desigualdades sociales y, por consiguiente, la agudeza de la miseria y hambre, existentes en el marco rural son factores que ocurren también debido a la falta de inversión en tecnología y en infraestructura, es decir, de la ausencia de políticas públicas destinadas al desarrollo del campo.

Lejos de la tutela del Estado, percibimos la vulnerabilidad de una sociedad desamparada, reflejada en una discursividad que edifica efectos de sentido y subraya las relaciones de poder. El enunciado a continuación revela el significado de la fingida preocupación con la dignidad de las poblaciones marginadas del universo campesino: “En realidad, es por los turistas, ¿sabe? Luego vienen los turistas y salen con que vivimos en cuevas los españoles, ¿qué les parece” (LAS RATAS, p.120)?

Es importante destacar, como forma de ilustración, que el personaje Ratero, en su especialidad de cazar ratas para sobrevivir, es visto como un ser que sobra, un intruso que altera la armonía del paisaje, viviendo en una cueva. El Ratero, con su aspecto decadente, desprovisto de la facultad de pensar y actuar razonablemente, se convierte en un personaje simbólico que representa la marginación de los más indefensos. Obligado por la necesidad, se aproxima a la animalidad y es como un perro husmeador, tal es su capacidad de percibir los lugares en que se esconden las ratas. Este aspecto de la fusión de lo humano con lo animal refleja la degradación del ser humano, reducido al embrutecimiento:

El tío Ratero se reclinó, aplastó una oreja contra el suelo y auscultó insistentemente las entrañas de la tierra. Al cabo se incorporó, apuntó con el pincho de hierro la hura junto al cauce y dijo:

- Aquí la hay.

La perra agitó el muñón y olfateó con avidez la boca de la hura. Finalmente se alebró, la pequeña cabeza ladeada, y quedó inmóvil, al acecho.

- Ojo, chita - dijo el Ratero y de un solo golpe hundió el pincho de hierro a un metro de la riera.

La rata cruzó rauda junto al hocico del animal, escabulléndose, con un rumor de hojarasca, entre los carrizos resecaos de la orilla.

El Nini voceó:

- ¡Hala con ella!

La Fa se arrancó como una centella tras la rata. El hombre y el niño corrían por el ribazo, estimulando sus gritos al animal. Se originó una persecución accidentada entre los despojos de los carrizos y la corregüela. La perra, en su frenesí, quebraba los frágiles tallos de las espadañas, y las mazorcas se desplomaban sobre el riachuelo y la corriente las agitaba mansamente en un movimiento de vaivén. La perra, de pronto, se detuvo. El tío Ratero y el Nini conocían su situación exacta por las esbeltas espadañas erectas, allí donde concluía la oquedad abierta entre la maleza (LAS RATAS, p.36-37).

Aquí divisamos la animalización del ser humano, pero también la personificación del animal. Existe complicidad mutua, entendimiento, fusión de lo humano y lo animal. El animal estimula al hombre y viceversa.

En *Las ratas*, las referencias a la naturaleza alternan presentimientos de angustia y esperanza, de fortuna o sufrimiento: “¿Traerá piedra esa nube o no traerá piedra? ¿No amargaré la helada negra?” (LAS RATAS, p.13)? En la búsqueda de la supervivencia, la naturaleza cobra una gran importancia en el cotidiano campesino, llevando al extremo la dependencia de los personajes con el medio natural. En esta perspectiva, el narrador revela los rasgos de una Castilla tradicional, aun integrando una nueva realidad que está en pleno proceso de modernización, donde las decisiones dependen de los signos naturales:

El niño oteó el cielo en la línea de los cerros y dijo:

- Lo mismo llueve mañana.

- Lo mismo - dijo el Ratero, y se sentó pesadamente en el ribazo.

(...)

-El Rabino Grande traía el poncho de piel de oveja sobre un hombro y dijo después de mirar al sol:

- ¿Es que no queda ya en el cielo una gota de agua (LAS RATAS, pp.40-41)?

Miguel Delibes da énfasis a la integración plena del hombre con la naturaleza, transmitiendo con ternura cada detalle de esa estrecha relación. Observamos que los personajes transitan de manera armónica con el entorno rural en que habitan, umbilicalmente aferrados al terruño, dependiendo de la tierra para sacar el sustento. El autor destaca esa relación de dependencia existente en el cotidiano rural castellano: “El tiempo se pone de helada, Fa. El domingo iremos a cazar ratas” (*Las ratas*, p.9). Como resulta claro en dicho fragmento, existe una auténtica simbiosis entre los personajes y la naturaleza, una vez que la actividad de caza -que en cierto modo se configura como una agresión a la naturaleza- reitera esa relación de dependencia.

De manera resumida, destacamos que el eje central de la narrativa reside en las relaciones de dependencia del hombre-naturaleza, sostenidas a lo largo de los siglos. Todos los habitantes del medio rural, de algún modo, dependen de la tierra para vivir, desde los terratenientes a los “sin tierra”, como el Ratero y el Nini.

Pero se fueron los cuervos y, a cambio, la lluvia empezó a demorar.

Y decía el Rosalino, el Encargado de don Antero, el Poderoso:

- Si no llueve para Santa Leocadia habrá que resembrar.

Y el Pruden, a quien las adversidades afirmaban la suspicacia, le contestó que el mal era para los pobres, puesto que utilizando la máquina, como hacían ellos, bien poco costaba hacerlo. El señor Rosalino, que alcanzaba con la cabeza y sin empinarse las primeras ramas de los chopos de la ribera soltó una carcajada:

- A voleo no siembran ya más que los mendigos y los tontos - dijo.

Por la tarde, el Pruden se había presentado en la cueva desolado:

- Nini, no llueve, ¿qué demonios haríamos para llover?

- Esperar - dijo el niño gravemente. Y el Pruden bajó los ojos porque la serena mirada del Nini le confundía (LAS RATAS, pp. 39-40).

En estas circunstancias, el Nini es paradójicamente, pues se trata de un niño, el “guía” de la comunidad, el maestro que está al tanto de todo lo que concierne a la vida cotidiana del pueblo:

- El tiempo está de cambio, Nini. ¿Cuándo matamos el chon?

El niño la miró reflexivamente. Dijo:

- Aún es temprano.

- Mira que tu abuela no lo pensaba tanto. El Nini movió decididamente la cabeza:

- Deje, señora Clo, antes de San Dámaso no es bueno hacerlo. Ya avisaré (LAS RATAS, p.23).

El Nini, ese que “todo lo sabe” y “parece Dios” (LAS RATAS, p.16), la desaconseja llevar a cabo la matanza porque el tiempo todavía no es apropiado. Todo ello, tras bajar al pueblo, donde el niño-Dios acompaña las faenas del Pruden y le da instrucciones de cómo ahuyentar las aves de los sembrados, dejándolo tranquilo:

Una vez limpios los pesebres, se encaramó ágilmente en el pajar y arrojó al suelo con la horca unas brazadas de paja. Después se colgó, tomó la criba y cernió el tramo en rápidos movimientos de vaivén. Seguidamente repartir la paja entre los dos pesebres y la cubrió, luego, con un serillo de cebada. El niño le miraba hacer atentamente y cuando acabó de repartir el grano le dijo:

- Cuélgalo patas arriba; si no, en lugar de ahuyentarlos hará de cimbel.

El Pruden se sacudió una mano contra otra y agarró de nuevo el pájaro por la punta de un ala y penetró en la casa por la puerta de la cocina (LAS RATAS, pp.16-17).

En efecto, en esos episodios se hace visible *ciencia infusa* del Nini. También se percibe la dimensión casi sagrada de su conocimiento, y la seguridad que el personaje demuestra sobre los acontecimientos presentes y/o futuros. Así, observamos los datos de todo el proceso de simbolización que gira en torno al personaje.

A medida que pasa el tiempo, la sabiduría del Nini es cada vez mayor y más positivamente valorada en la comunidad. Junto al abuelo Román, el Nini está en constante aprendizaje. En efecto, el abuelo utiliza su saber y su experiencia para transmitir al nieto enseñanzas sumamente importantes para la supervivencia, a fin de que, como él, luche por la supervivencia respetando las pautas coherentes de la caza “en limpio”, acorde con la armonía y el equilibrio del medio:

De súbito, el abuelo Román se inmovilizó, con un dedo bajo la boina, los ojos fijos como dos botones, y dijo sin mover los labios:

- Ve, ahí está.

Lentamente se fue incorporando, clavó en el suelo una de las cachabas y colocó la gorra sobre el mango. Después, como sin querer la cosa, fue describiendo un pequeño semicírculo mientras, a media voz, daba instrucciones al niño:

- No te muevas, hijo, se marcharía. ¿Ves esa lasca blanca a dos metros de la cacha? Ve ahí, está aculada la zorra de ella. No te muevas, ¿oyes? ¿No ves qué ojos tiene la indina? Quieto, hijo, quieto.

El Nini no acertaba ver la liebre, mas conforme el abuelo se aproximaba enarbolando la otra cachaba, la divisó. Los ojos amarillos del animal, clavados en la boina del abuelo, fosforecían entre los terrones. Poco a poco iban definiéndose para el niño los difusos contornos del animal: el hocico, las azuladas orejas pegadas al lomo, el trasero respaldado en la insignificante prominencia. La liebre, como las casas del pueblo, en prodigioso mimetismo, formaba un solo cuerpo con la tierra.

El abuelo se aproximaba a ella de costadillo, sin mirarla apenas, y cuando se halló a tres metros le lanzó violentamente la cayada describiendo molinetes en el aire. La liebre recibió el golpe sobre el lomo, sin moverse, y súbitamente se abrió como una flor y durante unos segundos se estremeció convulsivamente en el surco. El abuelo Román saltó sobre ella y la agarró por las orejas. Sus pupilas relampagueaban.

- Es como un perro grande, Nini. ¿Qué te parece?

- Bien - dijo el niño.

- Fue todo limpio, ¿no?

- Sí (LAS RATAS, pp.32-33).

Tras caza “en limpio”, se asume la idea de protección a la naturaleza, manteniendo el razonamiento necesario para el equilibrio de la especie, a fin de no comprometer la vida en el campo.

En otro fragmento, el autor demuestra que, junto a los maestros naturales -sus abuelos- el niño adquiere conocimientos que son transmitidos de generación a generación, imprescindibles para la supervivencia en el universo campesino:

Junto al abuelo Román, el Nini aprendió a conocer las liebres; aprendió que la liebre levanta larga o se amona entre los terrones; que en los días de lluvia rehúye las cepas y los pimpollos; que si sopla norte, se acuesta al sur del monte o del majuelo y, si sur, al norte; que en las soleadas mañanas de noviembre busca la amorosa abrigada de las laderas. Aprendió a distinguir la liebre de los bajos - para como la tierra de la cuenca -, de la del monte - roja como la tierra del monte -. Aprendió que la liebre ve lo mismo de día que de noche e, incluso cuando duerme; aprendió a distinguir el sabor de la liebre cazada a escopeta, del de la cazada a golpes y del de la cazada a galgo, un si es no es incisivo y ácido a causa de la carrera. Aprendió, en fin, a descubrirlas en la cama con la misma rotundidad que si se tratara de un cuervo, y a definir, en el espeso silencio de la noche, su llamada áspera y gutural.

Pero también aprendió el niño, junto al abuelo Román, a intuir la vida en el entorno (LAS RATAS, p.34).

El aprendizaje continuo del niño supone una relación eminentemente viva y constante de maestro-discípulo. Los ancianos sienten los cambios directos de la Naturaleza y, a partir de la observación de los diversos signos que ésta emite, planifican su vida y guían la vida de su comunidad, tanto desde la perspectiva del presente como la de futuro, siempre teniendo en cuenta las aportaciones del pasado:

El Nini, cada vez que le asaltaba alguna duda sobre los hombres, o sobre los animales, o sobre las nubes, o sobre las plantas, o sobre el tiempo, acudía al Centenario. El tío Rufo, por encima de la experiencia, o tal vez a causa de ella, poseía una aguda perspicacia para matizar los fenómenos naturales, aunque para el Centenario, los gorjeos de los gorriones, o el sol en las vidrieras de la iglesia, o las nubes blancas del verano, no eran siempre una misma cosa. En ocasiones, hablaba de su “viento de cuando rapaz”, o “del polvo de

la era de cuando mozo” o de “su sol de viejo”. Es decir que en las percepciones del Centenario jugaba un papel preferente la edad, la huella que produjeron en él, a determinada edad, las nubes, el sol, el viento o el polvo dorado de la trilla. El Centenario sabía mucho de todo... (LAS RATAS, p.76).

De hecho, en *Las ratas* el autor logra reflejar la perfecta unión e importancia del mantenimiento de la vida en el marco rural, a partir de los conocimientos heredados y transmitidos de generación a generación.

En efecto, Miguel Delibes refleja el comportamiento de supervivencia del hombre rural, pautado en un aprendizaje adquirido empíricamente y adecuado a cada circunstancia, como ocurre en el episodio colectivo de la matanza, cuando el Nini actúa de matarife porque así lo ha hecho “desde el fallecimiento de la abuela Iluminada” (LAS RATAS, p.49). La “fiesta” de la matanza se lleva a cabo de acuerdo con todo un ritual desbordante de tradición, sancionado por la experiencia de los mayores, y en el que participa toda la colectividad:

Al llegar el Ratero y el Nini con el alba, donde la señora Clo, reinaba en la casa un barullo como de fiesta. De la ciudad habían bajado los sobrinos y también estaban allí la Sabina y el Pruden y su chico, el Mamertito, y la señora Librada, y el Justito, el Alcalde, y el José Luis, el Alguacil, y el Rosalino, el Encargado, y el Malvino, y el Mamés, el Mudo, y el Antoliano y el señor Rufo, el Centenario, con su hija la Simeona, y al entrar ellos, el Virgilio se había arrancado con mucho sentimiento y todos escuchaban boquiabiertos y al concluir le ovacionaron y el Virgilio, para disimular su azoramiento, distribuyó entre la concurrencia unos muerdos de pan tostado y unas copas de aguardiente (LAS RATAS, pp-49-50).

Observamos que se trata de un evento que trasmite vitalidad, belleza... y, por increíble que pueda parecer, unión. Un ejemplo de ello ocurre en la referida matanza, anunciada anteriormente y que se detalla en la narración a continuación:

La lumbre chisporroteaba al fondo y sobre la mesa y los vasares la señora Clo había dispuesto, ordenadamente, la cebolla, el pan

migado, el arroz y el azúcar para las morcillas. Al pie del fogón, donde se alineaban por tamaños los cuchillos, había un barreñón, tres herradas y una caldera de cobre brillante para derretir la manteca.

(...)

El Antoliano abrió la cochiguera y tan pronto el marrano asomó la cabeza le prendió por una oreja con su mano de hierro y le obligó a tumbarse de costado, ayudado por el Malvino, el Pruden y el José Luis (...). Luego, entre seis hombres, tendieron al animal en el banco y el Nini le auscultó, trazó una cruz con un pedazo de yeso en el corazón y cuando el tío Ratero acuchilló con la misma firmeza con que clavaba la pincha en el cauce, el niño volvió la espalda y fue contando, uno a uno, los gruñidos hasta tres. De pronto, el Pruden voceó:

- ¡Ya palmó!

El Nini, entonces, dio media vuelta, se aproximó al cerdo y, con dedos expeditos, introdujo una hoja de berza en el ojal sanguinolento para reprimir la hemorragia y, finalmente, abrió la boca del animal y le puso una piedra dentro (LAS RATAS, pp. 50-51).

Es importante para el autor el mostrar la importancia de los conocimientos del Nini que, al aplicar en la práctica el aprendizaje adquirido de los mayores, causa el espanto de todos que lo observan: “- ¡Qué condenado crío! Cada vez que lo veo así me recuerda a Jesús entre los doctores” (LAS RATAS, p.51).

La sabiduría del Nini, que sorprende a la Sabina, y los demás hombres y mujeres que hacían corro en derredor de él, se relaciona en cierto modo con el carácter divino, atribuido a su presunta ciencia infusa. Sin embargo, ello se explica por su idiosincrasia, o sea, su condición de observador, “su inquisitiva atención y, en su caso, el aplomo maduro de sus preguntas y respuestas” (LAS RATAS, p.28), al estar acompañado por el tío Rulfo, el Centenario, por ejemplo, o la abuela Iluminada.

En sus faenas, “El Nini procuraba ahuyentar el recuerdo de la abuela Iluminada para no cometer errores” (LAS RATAS, p.51), como en la matanza:

El Niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir delicadamente la telilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración. El hedor de los intestinos era fuerte y nauseabundo y él los volcó en herradas distintas y, para terminar, introdujo en la abertura os estacas haciendo cuña. Al cabo, el Antoliano y el Malvino le ayudaron a colgar el marrano boca abajo. Del hocico escurría un hilillo de sangre fluida que iba formando un pequeño charco rojizo sobre las lajas escarchadas del corral.

La señora Clo se aproximó al Nini, que se lavaba las manos en una herrada, y le dijo cálidamente:

- Trabajas más aprisa y más por lo fino que tu abuela, hijo (LAS RATAS, p.52).

Aparentemente sencilla, la actuación del Nini dentro de la comunidad refleja la superioridad del protagonista en lo que se refiere a ciertos conocimientos transmitidos de generación a generación. En estas circunstancias, el trabajo del Nini es imprescindible, sin el cual difícilmente la matanza podría ocurrir con normalidad.

Pese a la reducida posibilidad ascensión social, el Nini tiene consciencia de su importancia en el medio, de la necesidad de ampliar y perfeccionar sus conocimientos. Por esa razón, busca la compañía del Centenario:

El Centenario, aun trampeando, iba todavía de acá para allá, mas en las horas de sol era fijo encontrarle sentado en el poyo de la trasera de su casa, los ojos entornados, oxeando incansablemente unos pollos imaginarios. El Nini bajaba con frecuencia a buscar su compañía y a consultarle sus dudas o a oírle las viejas historias en las que inevitablemente volcaba sus nostalgias de “su sol de cuando rapaz”, “el polvo de la era de cuando mozo”, o “los inviernos de Alfonso XII” (LAS RATAS, pp.78-79).

La lucha por la supervivencia parece ser el principal referente de los personajes de *Las ratas*. En ese sentido, la observación a los señales de la naturaleza se hace presente en toda la obra. La conciencia del Nini y su cosmovisión constituye uno de los principales ejes de la narrativa, una vez que el autor nos lo presenta en posición de superioridad en

comparación con otros personajes de la obra. Se observa que en *Las ratas*, además de ser el niño-dios, el protagonista también aparece deshumanizado, como animal en constante persecución de la supervivencia, como el tío Ratero, cazando ratas para alimentarse, “sumergiendo sus pies desnudos en el cieno entreverado de estiércol y escóbalos caprinos, en la pestilente agua estancada de los relejes” (LAS RATAS, p.18).

El hogar donde viven los protagonistas es una cueva, cuyo espacio es compartido con una perra con la cual el Nini y el Ratero mantienen una estrecha y casi humana relación: “Entre ella, el Nini y el tío Ratero existía una tácita comprensión. Los tres sabían que destruyendo las camadas no conseguirían otra cosa que quedarse sin pan” (LAS RATAS, p.38). Miguel Delibes se refiere a los protagonistas, incluida la perra, como vivientes, es decir, personajes que tienen un único objetivo: la supervivencia. De ahí que, llegado el momento de la veda, “el tío Ratero, respetando el celo de las ratas, se recogía en su cueva hasta el próximo otoño” (LAS RATAS, p.38). Ese respeto al celo de las ratas resulta una necesidad impuesta por la propia supervivencia y es asumido no como una desdicha, sino una esperanza de vida: “Las ratas se reproducían cada seis semanas y de cada parto echaban cinco o seis crías. En definitiva, una camada suponía, por lo bajo, cuarenta reales que no eran cosa de desdeñar” (LAS RATAS, p.38).

En ambos protagonistas, el lector percibe la intención del autor de subrayar que los referidos sujetos sociales no poseen conciencia política y tampoco son conscientes de sus derechos. Lo que parece determinismo social no es más que las consecuencias de la problemática social existente en el universo campesino, reflejada en los abismos sociales. Ante la penosa privación, el narrador elabora el cuadro de exclusión del campo en comparación a la urbe, donde reside, supuestamente el progreso y la civilización.

El Ratero carece de la facultad de soñar, de la posibilidad de cambiar la realidad...no quiere abandonar su cueva ni dejar atrás su marginación. Persiguiendo la supervivencia, cazando ratas para alimentarse, el personaje defiende su territorio de manera instintiva; caza como los animales y vive como ellos; respeta códigos específicos del mundo animal como la caza como mecanismo de subsistencia o la protección de la especie. En esta perspectiva, y dentro de la “tabla de piedra de los mandamientos de la naturaleza”, “caza” también a los predadores que alteran el orden natural:

Matías Celemín, el Furtivo, solía velar de noche y dormir de día. La aurora le sorprendía generalmente en el páramo, en la línea del monte, y para esa hora ya tenía colocados media docena de lazos para las liebres que regresaban del campo, un cebo para el raposo y

un puñado de lanchas y alares en los pasos de la perdiz. A veces aprovechaba el carro de la Simeona o el Fordson del Poderoso, para arrimarse a un bando de avutardas y cobrar un par de piezas de postín. El Furtivo no respetaba leyes ni reglamentos y en primavera y verano salía al campo con la escopeta al hombro como si tal cosa y si acaso tropezaba con Frutos, el Jurado, le decía: “Voy a alimañas, Frutos ya lo sabes”. Y Frutos, el Jurado, se limitaba a decir: “Ya, ya”, y le guiñaba un ojo (LAS RATAS, p.56).

El furtivo, que cuenta con el amparo y la connivencia de las autoridades; no actúa correctamente dentro de la ley natural de la caza, ni de la sociedad, ya que, de manera premeditada, mata por entretenimiento, infringiendo el sentido y la lógica de la comunidad animal y violando el equilibrio establecido por la comunidad humana:

La ley prohibía cazar los días de nieve porque los animales rastreros denunciaban su presencia por las huellas y la perdiz, sin comer, no resistía más allá de un corto vuelo. Sin embargo, el Furtivo andaba allí y por si la nieve no fuera bastante, portaba la escopeta en guardia baja por si algo se arrancaba (LAS RATAS, p.81-82).

La actitud del Furtivo va en contra de las leyes (animal y humana), contraría lo que le enseñó al Nini su abuelo e, incluso, al primitivismo del Ratero, cuyo código natural incluye también la protección y defensa de su territorio. Con la caza predatoria se rompe el equilibrio:

Luego, en las bodegas, no había ratas para todos (...)

“No hay ratas ya; ése me las roba”.

Apenas regresó el Nini de acechar a la nutria, le dijo el Ratero maquinalmente.

-¿Viste a ése?

- Si lo cojo, lo mato - dijo (LAS RATAS, pp.103-104).

Es bastante evidente el anhelo de venganza que invade al Ratero y la avidez de justicia. De manera que bordea lo animal. Para librarse de la angustia del hambre que “se alzaba ante ellos como un negro fantasma” (LAS RATAS, p.129), surge la violencia, materializada en el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, con el cazador Furtivo.

Estas representaciones de la lucha por la supervivencia aparecen reiteradamente a lo largo de la obra. En el fragmento a continuación podemos observar que la referida lucha puede acabar, incluso, en la más aterradora violencia:

El Nini oyó los pasos apresurados y alzó los ojos y vio al tío Ratero, aplastando en largas zancadas las cañas desmayadas del trigal. Llevaba la pincha en alto y gritaba algo inarticulado que no llegaban a ser palabras. Al alcanzar el borde del arroyo no se detuvo. Saltó en el agua, chapoteando como impulsado por una fuerza irracional y se echó sobre el muchacho con el hierro en alto. El Nini apenas tuvo tiempo de incorporarse, asirle de la raída americana y tirar hacia atrás con todas sus fuerzas, mas el muchacho de Torrecillóriga prendía ya la muñeca del Ratero manteniendo su pincho distante, mientras voceaba: "Date a razones, ¡coño!". Pero el Ratero mascullaba palabrotas y murmuraba obcecadamente: "Las ratas son mías. Las ratas son mías". De súbito, la Fa se arrancó sobre el muchacho, mordiéndole sañudamente las pantorrillas, pero el Lucero, a su vez, se lanzó sobre la perra y ambos animales se enzarzaron, mientras el Loy, el cachorro, ladraba desconcertado, sin saber qué partido tomar. El Nini, persuadido de la imposibilidad de separar a los hombres, los seguía en las evoluciones que provocaba la lucha, los ojos desorbitados intentando aplacarlos con sus voces, pero el Ratero no lo oía. Una fuerza ciega le empujaba y como para darse coraje se repetía una y otra vez: "Las ratas son mías. Las ratas son mías" (LAS RATAS, pp. 182-183).

La violencia aparece, por lo tanto, fijada semánticamente por medio de las repeticiones que aparecen a lo largo de la novela. De manera constante, el autor destaca la identidad y marginación del personaje que representa, sin duda, la exclusión social y la miseria humana; la animalización y la brutalidad.

La resignación del Ratero está representada en el enunciado que el protagonista, tras matar al predador, reitera mientras sonrío con socarronería: "La cueva es mía" (LAS RATAS, p.187). Así, se evidencia una de las consecuencias de la estigmatización de las

desigualdades sociales, que priva a los individuos de la más mínima posibilidad de transformación social y les condena a seguir viviendo con la mirada siempre puesta al cielo, rogando: “Señor, concédenos una lluvia saludable y haz correr por la sedienta faz de la tierra las celestiales corrientes” (LAS RATAS, p.111). Pero... “En Castilla ya se sabe, nueve meses de invierno y tres de infierno” (LAS RATAS, p.107).

Para interpretar las señales emitidas por la naturaleza de manera ajena a cualquier sistema institucional, artificial, no es necesaria la literacidad. Aun careciendo de las referidas competencias, el Nini, ese niño-dios, heredero de unos conocimientos milenarios, transmitidos de generación a generación, se basa únicamente en la sabiduría que le aporta la propia naturaleza y en la experiencia de la vida de los abuelos o el Centenario:

Por San Celestino y San Anastasio concluyeron las rogativas. El cielo seguía abierto, de un azul cada día un poco más intenso que el anterior. No obstante, al caer el sol, el Nini observó que el humo de la cueva al salir del tubo se echaba para la hondonada y reptaba por la vertiente del teso como una culebra. Sin pensarlo más dio media vuelta y se lanzó corriendo cárcava abajo, los brazos abiertos, como si planeara.

- ¡Va a llover! ¡El Nini lo dijo! ¡Va a llover!

Y los hombres interrumpían sus tareas y sonreían íntimamente y las mujeres se asomaban a los ventanucos y murmuraban: “Que su boca sea un ángel”, y los niños y los perros, contagiados, corrían alborozadamente tras el Pruden y aquellos gritaban a voz en cuello: “Va a llover! ¡Mañana lloverá! ¡El Nini lo dijo!” (...)

Al día siguiente, la Resurrección de la Santa Cruz, un nubarrón cárdeno y sombrío se asentó sobre la Cotarra Donalcio y fue desplazándose paulatinamente hacia el sudeste.

Y el Nini, apenas se levantó, lo escudriñó atentamente. Al fin se volvió hacia el Ratero y le dijo:

- Ya está ahí el agua.

Y con el agua se desató el viento y, por la noche, ululaba lúgubremente batiendo los tesos (LAS RATAS, pp.113-114).

El Nini oye las voces de la naturaleza e interpreta las señales por ella emitidas. Ese escuchar y entender la voz de la naturaleza es un factor imprescindible para la supervivencia en el medio rural, ya que en su entorno, “los hombres miraban al cielo insistentemente, pues del cielo bajaban el agua y la sed, la helada y las parásitas” (LAS RATAS, p.117).

La vida en el universo campesino se nos presenta condenada a un porvenir poco o nada cambiante, condenada a las constantes y prolongadas sequías, al fantasma del hambre...a los pobres se les achaca la culpa de su propia desgracia, por rechazar supuestamente las oportunidades. El Estado, en efecto, se exime de la responsabilidad de perpetuar las desigualdades sociales en el medio rural, imprimiendo o solidificando estereotipos de inferioridad del hombre rural:

El Justito, el Alcalde, se golpeó tres veces la frente con un dedo y dijo:

- Al Ratero le falta de aquí. Si no rebuzna es porque no le enseñaron.

El José Luis terció:

- Y por qué no le hacemos un test?

- ¿Un test? - dijo Doña Resu.

- A ver. Esas cosas que se preguntan. Si hay un médico que dice que está chaveta o que es un retrasado se le encierra y en paz.

Al Justito se le iluminó la cara:

- ¿Cómo al Peatón? - preguntó.

- Tal cual (LAS RATAS, p.137).

Al protagonista se le asigna una condición de inferioridad, brutalizado por ser hombre ligado a la tierra y, además de habitar una cueva, caza ratas para sobrevivir, librándose del fantasma del hambre. Como forma de apartarse de la humillación y protegerse de las imposiciones de la supuesta protección del Estado, se mantiene en constante refugio en su agujero. Resulta que “la gente de la capital se piensa que los de los pueblos somos tontos” (Las ratas, p.138). Y solamente en eventos como la matanza se modifica la visión de inferioridad del hombre rural, estereotipada a lo largo de los siglos: cuando el Nini asume de *oficiante* en el sacrificio del cerdo, junto a su tío Ratero. En efecto, aunque parezca paradójico, lo que quieren los protagonistas el Nini y el tío Ratero es preservar su libertad y poder sobrevivir.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO DE LOS RÍOS, César. **Conversaciones con Miguel Delibes**. Barcelona: Destino, 1993.

BUCKLEY, Ramón. **Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo** – La biografía intelectual del gran clásico popular. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. Colección Imago Mundi 219, 2012.

DELIBES, Miguel. **Las ratas**. Barcelona: Destino, 2010.

GUERRA, Alfonso. **Literatura y social y la literatura**. In: *Literatura y compromiso social*. Reyes, F. B., Madrid, Visor libros: Escuela Julián Besteiro, D. L, 2003, pp.15-25.

PALOMO, M^a del Pilar. (1983): *Estudios sobre Miguel Delibes*. Madrid, Universidad Complutense.

SAMANIEGO, P.P. **Castilla en Miguel Delibes**. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.

SOBEJANO, Gonzalo. **Miguel Delibes: la busca de la autenticidad**. Novela española de nuestro tiempo. Madrid, Prensa Española, Col. "El Soto, 10", 1970.

VILANOVA, Antonio. **Inocencia natural y conciencia moral en la obra de Miguel Delibes**. In: El autor y su obra: Miguel Delibes. (dir.) JIMENEZ LOZANO J. **Actas del Escorial**. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, 1993, pp. 31-40.